

ESE APARECER Y ESE ECO

JESSICA NIETO

Agua Blanca 3 por Ximena Aguilar Vega / Monotono / Serie: Testigos de hielo / Fotografía digital / 2019-2021

¿De qué se trata escribir? Esta pregunta resuena insistentemente en mi cabeza desde hace años. Quizás desde mi infancia, cuando se me metió la idea de que algún día sería escritora. Es curioso, porque deseé ser escritora antes de aprender a escribir de verdad, cuando no sabía en qué consistía escribir. Pero lo intuía. Conocía las letras; sabía de sus formas y sonidos, y que las palabras eran fusiones alargadas de esas formas y sonidos. Sin embargo, no entendía cómo yo, desde mi mano y a través de un instrumento, podría plasmar esos dibujos en una hoja de papel. ¿Y por qué en una hoja de papel? Si estaban los muros, mucho más amplios y sin esas líneas restrictivas, sin esas flechas indicando en qué dirección trazar el trazo —no es redundancia, es reiteración: porque hay que decir

que muchas veces la escritura se aprende reiterándola—. Entonces rayé muros, los llené de mi protoescritura que consistía en dibujos dispersos de figuras diversas. Un día, dibujé mi nombre: era una pequeña niña vestida de bruja, de perfil, fea, despeinada. Solía hablarle, es decir, solía hablarme, a mí, a mi nombre. Y para mí, en ese momento, de eso se trataba escribir: dibujar aquello con lo que quería dialogar. Si las letras eran dibujos, yo podía dibujar mis propias letras, y hacerlas sonar, con mi voz. Hasta que un día mi madre pintó las paredes totalmente rayadas de mi habitación, y la cubrió, toda mi incipiente escritura. Y creo que ahí fue, y si no, debió ser, el momento en que por primera vez me pregunté: ¿de qué se trata escribir? ¿Cuál es su sentido? ¿Cómo se hace para que lo que escribimos no sea borrado, silenciado?

Por supuesto que el acto de escribir, desde una perspectiva práctica, tiene variados fines. Si nos remontamos a sus orígenes, podemos mencionar dos muy conocidos: llevar un conteo o registro de los bienes, de las primeras dinámicas de intercambio de productos; y, también, llevar un registro o memoria de ciertos momentos de la comunidad. Es decir, se trataba de un modo de dejar asentado algo que no quería olvidarse. Pero ahora pensemos un poco en ese “modo de dejar asentado”. Estos meses he estado leyendo a cuentagotas el libro *El infinito en un junco*, de Irene Vallejo. Creo que voy lenta porque lo que hace Irene es llevarnos por miles y miles de años de historia, y para atravesar por civilizaciones y periodos, hay que tomarnos nuestro tiempo. Su libro es un periplo hacia el pasado de los libros y la escritura, cuando esos “modos de dejar asentado lo que no quería olvidarse” apenas se iban fraguando, y los primeros escribas descubrían, por ejemplo, que en una tabla de arcilla podían grabar los caracteres de esos primeros alfabetos con un punzón. O entendían por qué ciertos materiales usados como soportes no durarían, y entonces buscaban otros, que siempre eran más ligeros y duraderos. Me parece muy

elocuente el esfuerzo de todos estos inventores de métodos escriturales, porque no solo buscaban recrear las formas y sonidos de un lenguaje, sino construir el instrumento adecuado para trazar, grabar, dibujar sobre el soporte exacto la interpretación gráfica más precisa de dichas formas y sonidos. Para que el acto de escribir ocurriera, así, como lo entendemos ahora, no bastaba con crear alfabetos que dieran una apariencia a lo articulado por la voz, era imperativo imaginar más y más: tengo la letra, y ahora, ¿con qué la dibujo?, ¿sobre qué material? Pienso en estos pioneros de la letra escrita y me recuerdo a mí pequeña ante el muro limpio de mi cuarto, con la sospecha, más con la intuición, de lo que se trataba escribir. Por supuesto que una quiere decir algo, pero lo fascinante de la escritura es que eso que decimos a través de ella se ve. Y yo así lo entendí entonces: *la escritura debe verse. Tiene que aparecer.*

Pero, ¿de eso se trata escribir? ¿De hacer aparecer ese sonido, materializarlo?

Al igual que el objeto-libro, los sistemas alfabéticos, en tanto tecnologías, evolucionaron con el paso del tiempo y, con ellos, la escritura fue hallando su camino, su porqué. Conforme el uso

¿No es hermoso esto? Que la escritura sucumba al deseo de ser más. De decir más. De resonar más.

del alfabeto se democratizó, el acto de escribir también se fue normalizando, y ya mucha gente estaba en la tarea de reproducir esos dibujitos que eran las letras, los cuales además había que aprender a descifrar. Escribir, ahora, se trataba no solo de contar, registrar; también se trataba de comunicar, de nombrar, de narrar, y de crear. “El alfabeto sacó la escritura fuera de la atmósfera cerrada de los almacenes de palacio, y la hizo bailar, beber, sucumbir al deseo”, dice Irene Vallejo. ¿No es hermoso esto? Que la escritura sucumba al deseo de ser más. De decir más. De resonar más. En otra parte de su ensayo, Irene apunta este lindo párrafo sobre la antigua resonancia de la escritura: “En la Antigüedad, cuando los ojos reconocían las letras, la lengua las pronunciaba, el cuerpo seguía el ritmo del texto, y el pie golpeaba el suelo como un metrónomo. *La escritura se oía.* Pocos imaginaban que fuera posible leer de otra manera”. No solo es la escritura la que baila, también quien la

lee se deja atrapar por el ritmo que genera. *La escritura, entonces, no solo aparece, también resuena.* Y ese aparecer y ese eco no serían, no existirían, si no fuera

por aquellas manos, las de aquellos escribas lejanos; o por estas, nuestras manos, las que sostienen lápices, plumas, pinceles; las que golpean teclas; las que tipean celulares, tabletas; las que rayan muros de todas las ciudades; las que graban, imprimen, tipografías infinitas; ese aparecer y ese eco habrían quedado borrados y silenciados si no fuera

porque alguien tomó alguna roca y la llenó de aquello que tenía que decir,

demostrando que de eso se trata escribir.

Pero no me siento conforme. Escribir implica más. Un desdoblamiento, un reconocimiento. ¿Yo soy esto que escribo? Dudo que los primeros escribas se lo hayan cuestionado. Y entonces, ¿de qué se trata escribir? Para mí, no ha cambiado mucho. Sigo creyendo que escribir es dibujar aquello con lo que deseamos dialogar, con uno mismo, con los otros, y hacerlo sonar, con nuestra propia voz.

¿Yo soy esto que escribo?